

# ¿Está vigente el Marxismo?

PABLO LEVÍN<sup>1</sup>

El marxismo ha devenido inextricable de la *ideología* capitalista. Dicho lo cual, la pregunta sobre su vigencia queda respondida.

Pero para justificar esa aseveración, discutir su sentido, precisar su alcance, conviene descomponer la cuestión en al menos estas tres: a) ¿está vigente el marxismo, entendido como *la doctrina* marxista?; b) ¿está vigente el “socialismo científico”, ya no entendido como doctrina, sino como *estrategia* de liberación obrera para la prosecución del progreso humano?, y c) ¿tiene significado la expresión “doctrina marxista”?

En otra oportunidad discutiremos a fondo, como lo venimos haciendo, las formulaciones b) y c) de la pregunta, las cuales reclaman entrar en el terreno propiamente teórico del socialismo científico. La a), en cambio, se agota pronto, y la ocasión es propicia para detenerse en ella; cosa que haremos en las próximas páginas. Sobre las b) y c) nos limitaremos a un par de sugerencias brevísimas. En todo caso quedará bosquejado un trabajo mayor, para ser compartido.

Ahora bien. Consideradas en este orden las tres formulaciones de la pregunta, se advertirá que cada una pone un contexto más determinado a la noción de “vigencia”; en cada uno daremos una respuesta, que suscitará otra pregunta.

## **a) ¿Está vigente el marxismo, entendido como la doctrina marxista?**

Se presupone aquí que el marxismo es *doctrina*. Entonces, sostener que “la doctrina marxista está vigente” equivale a decir: “está en boga, tiene éxito”.

Y sí, lo está; y sí, lo tiene. ¿Qué duda cabe de ello? Para dar sólo idea de cuán vigente está el marxismo así entendido, sobran indicios;

---

<sup>1</sup> Más allá de pequeñas modificaciones posteriores, el trabajo fue elaborado durante el verano de 2014 para ser discutido en un taller sobre el tema con estudiantes de la FCE-UBA.

y en prueba de ello vayan estos siete:

# *La* doctrina marxista tiene partidarios y detractores, hoy, en casi todo el mundo; entre los primeros hay diferencias grandes y pequeñas y, por ende, ¡hay vida! Y, si no propiamente diálogo, sí inveterados litigios entre fieles e infieles, ortodoxos y apóstatas, herejes, renegados. En fin, acusaciones, reproches, reconocimientos...;

# Las personas que no se pronuncian ni en favor ni en contra de *la* doctrina marxista, expresan opiniones sobre cuestiones de política, sociedad, justicia, historia; y en tales pronunciamientos suele patentizarse la impronta del marxismo, aun cuando más no sea que en la adopción de algunas de sus posiciones fragmentadas y descontextualizadas, y/o en el uso corriente de sintagmas y latiguillos característicos de su jerga;

# La influencia de *la* doctrina marxista se verifica en diversas disciplinas y doctrinas recientes y contemporáneas, que en conjunto versan sobre tan ancho espectro temático, que por de pronto abarca gran parte del campo de la filosofía, y del de las llamadas ciencias sociales; todas las cuales absorbieron fragmentos del espíritu del marxismo;

# Hay partidos políticos, grandes y chicos, que se asumen marxistas; lo cual, aquí, equivale a decir: tienen como propia *la* doctrina marxista;

# Hay Estados nacionales en la actualidad, que adoptaron el marxismo como *la* doctrina oficial (China, Corea del Norte, Vietnam, Cuba);

# El marxismo fue *la* doctrina oficial del bloque de naciones presidido por la URSS, hasta hace apenas poco más de veinte años; y, sobre todo,

# *La* doctrina marxista caló hasta en las entrañas de la mentalidad contemporánea y es, en suma, inextricable y entrañablemente constitutiva de la *ideología* de la época de la diferenciación tecnológica del capital (la cual comprende el período de la Guerra Fría).

Los siete indicios anteriores se multiplican tanto como se quiera si se toma en cuenta el impacto de la doctrina tal como ésta fue representada en distintos escenarios y en distintas versiones; como ser, en términos muy generales, las asociadas a las internacionales III/IV. Pero

para tener una idea más cabal y más completa del alcance presente y reciente de ese impacto, hay que colocar en el cuadro la incidencia de versiones anteriores, emanadas de las internacionales I/II del siglo XIX, las cuales empaparon la percepción general de la época sobre el sistema capitalista: su historia, su estructura de clases, su economía política; como asimismo marca las ideas comunes sobre derecho social, progreso, civilización, etc., que comparten muchísimas personas a quienes ni se les pasa por la cabeza que en ella pueda haber influencia marxista.

Pero por ser esa influencia tan vasta y tan difusa, ya no nos es posible delimitar el impacto de la doctrina; y sólo entrevemos su identidad difuminándose en el espectro amplísimo de las ideas progresistas en general, desde los socialdemócratas hasta los “post-marxistas” (de los que propiamente se ha dicho que son pre-marxistas). En este espectro tan abarcador quedan comprendidos la sociología de clases, el espíritu de la legislación social avanzada y el de las llamadas “políticas sociales”, populistas, etc.; pero sobre todo, aquellos principios de civilización universal que felizmente tenemos por conquistas irrenunciables del progreso humano.

Pero en esa maraña ideológica donde la influencia de la doctrina marxista se diluye, ésta también pierde sus formas, sus contornos, su identidad. Entonces, ¿qué clase de doctrina puede ser una que, disueltos sus contornos, perdidas sus formas, anda errática, entreverándose en cualquier mezcolanza de credos y posiciones, de un extremo al otro de la taxonomía política?

Para responder nuestra pregunta tenemos que resolver esta cuestión previa, a saber: ¿cuál es, en definitiva, *la* doctrina?

\*\*

¡*La* doctrina!

Nos referimos, claro está, a la auténtica. Pero debemos advertir que el sintagma “la doctrina marxista” metió de contrabando no menos de dos supuestos ocultos, ya que implica: “*la* doctrina marxista”, y “*la doctrina* marxista”. En otras palabras, contiene una doble falacia (del tipo “petición de principio”).

La primera suposición usa “*la*” en sentido absoluto (como artículo determinado singular); al mentar “*la* doctrina marxista” consagra subrepticamente un punto de vista doctrinario particular, y queda sentado que éste es el verdadero: tal, la pretensión de *legitimidad*,

la reivindicación mayor de toda doctrina. Y está en la naturaleza de toda doctrina, como tal, negar legitimidad a toda otra en el mismo campo temático, o a toda versión diferente de ella misma.

Pero, ¿el problema tiene escapatoria? “Las doctrinas marxistas”, en plural, es un conjunto insuficientemente determinado como para que pueda considerarse una doctrina de la que valga la pena sopesar, y discutir, su vigencia.

La pregunta encierra una segunda falacia del tipo *petitio principii*; la cual consiste en suponer que “el marxismo” es una *doctrina*. Pero ahora dejémosla de lado, para considerarla luego, y volvamos a la primera falacia: la que mete mediante el artículo determinado *la*.

\*\*\*

Para decir algo concreto sobre la doctrina marxista, como por ejemplo determinar su contenido, sus argumentos, sus tesis, debemos necesariamente referirnos a *una* de sus variantes en particular. ¿Cuál o cuáles de las muchas presentaciones, modelos, sub-modelos, etc., de la doctrina, debemos considerar? Pues bien, inténtese resolver esta *cuestión previa* con una enumeración exhaustiva; o bien, con un criterio definitorio, y se comprobará que es imposible delimitar el campo sin entrar en la discusión que quisimos evitar: la de la *legitimidad*.

Porque, por ejemplo, ¿qué autores, qué políticos, qué estadistas, qué dirigentes revolucionarios, qué partidos, qué regímenes, son exponentes del marxismo? ¿Qué obras? Marx mismo era marxista, no obstante su célebre afirmación en contrario: “Ce qu’il y a de certain c’est que moi, je ne suis pas Marxiste”. (La circunstancia de ese pronunciamiento nos obliga a interpretarlo como exageración retórica, en tono jocoso pero reprobatorio; en la ocasión, reprocha a sus colaboradores Jules Guesde y Paul Lafargue, por las modificaciones hechas por éstos sobre partes del texto compuesto en 1880 principalmente por el mismo Marx, destinado a integrar el programa del Parti Ouvrier).

Pero aceptemos que los escritos de Marx (pasando por alto inconsistencias inevitables en una obra compleja, original, vastísima, escrita durante toda una vida), encarnan *la* doctrina, digamos, hasta 1883. ¿Y después? Para que una *doctrina* se mantenga viva necesita apóstoles autorizados, que tomen a su cargo actualizar los testamentos originales, frente a un mundo cambiante, y se exacerban en vísperas de las grandes revoluciones históricas. En otras palabras, la necesidad

de actualizarse, pone en cuestión la naturaleza doctrinaria de la doctrina. (Esta tensión recuerda las guerras religiosas de la época de la Reforma). La contradicción puede salvarse, y la renovación lograrse, mediante nuevos intérpretes autorizados, pero, ¿quién los autoriza? ¿Quién confiere su apostolado a los apóstoles?

Más particularmente, en las primeras décadas del siglo XX, ¿quiénes son los “referentes”? ¿Hay que optar, para identificarlos, entre Lenin y Kautsky, entre Luxemburg y Bernstein, entre Trotski y Stalin? ¿Es la URSS una realización marxista? ¿El partido bolchevique representa, a la sazón, el marxismo? ¿Lo representa Stalin? ¿Cómo conciliar con los principios marxistas básicos la política de la URSS en España? Y, desde la segunda posguerra para acá: ¿a quienes debemos o podemos reconocer como representantes del marxismo: a Mao, a Tito, a Fidel, al Che? ¿A qué regímenes? ¿Seguramente no, por ejemplo: al reinado bestial de Nicolae Ceaucescu en la República Democrática Socialista de Rumania; al régimen de terror “maoísta” camboyano de los Jmeres Rojos; al orden brutal de los dictadores norcoreanos Kim Il Sung y Kim Jong-il? Pero, ¿de alguna manera son exponentes de *la* doctrina los jefes del Partido Comunista Chino (que acaban de anunciar el cierre de miles de campos de trabajo forzado)? ¿O los desleídos y oportunistas líderes socialdemócratas, que posan estérilmente en el falso y ambiguo “polo opuesto” al de las dictaduras? ¿O, y dejémoslo aquí, los “populistas”, que amagan para un lado y viran hacia el otro?

\*\*\*\*

Hay preguntas terribles que un marxista honesto no puede, ni quiere, eludir. Que nadie se diga marxista y se sienta eximido de responder las preguntas anteriores, ni autorizado a eludirlas. El Gulag de Stalin, los campos de trabajo forzado, ¿son instituciones de inspiración marxista...? En definitiva: ¿qué decirles sobre el marxismo a las víctimas, a millones de víctimas de aquellos regímenes? Y, sobre todo, ¿cómo concebir hoy una estrategia liberadora y socialista que no nos condene a los trabajadores, *nuevamente*, a la decepción más infernal?

\*\*\*\*\*

Antonio [Aside] “Mark you this, Bassanio, / The Devil can cite Sripture for his purpose.”  
William Shakespeare, *The Merchant of Venice*.

El militante marxista pondrá naturalmente su empeño en alcanzar las aspiraciones de la doctrina, y a la vez en repudiar los crímenes en su nombre cometidos; pero no menos, o más, en evitar que se repitan. Muy triste sería si por ignorancia, o peor aún, por omisión hipócrita y cobarde, se hiciera cómplice de ellos. Y el dilema no tiene escapatoria, pero tampoco solución: ¿qué hacer con la doctrina marxista? Rechazarla de plano es imposible, y abrazarla ciegamente, inaceptable.

El lema doctrinario es, como siempre: “los equivocados son los otros”, “las culpas son ajenas”. Si su interlocutor disiente con su enseñanza, o manifiesta reparos, o no la entiende, ello *no es sino* porque aquél no está preparado, o tiene mala fe. Pero al doctrinario se le opone siempre un doctrinario rival; lo cual le obliga a erigir fronteras inexpugnables entre un adentro y un afuera, un nosotros y un ellos. Acá nosotros: los exponentes legítimos de *la* doctrina. Allá los equivocados y los enemigos. Entre éstos están los ostensibles, declarados, que *no son sino* los exponentes de la clase enemiga; pero también los vicarios apócrifos de la doctrina, tanto más peligrosos cuanto más parecida al auténtico es su discurso: porque bien sabe valerse el Diablo, hasta de las Sagradas Escrituras, para citarlas en favor de sus propósitos malignos. ¿Cómo desenmascararlo? Su enemigo declarado es su protector secreto: el régimen capitalista; al que sirve tanto mejor, no sabiéndolo... del todo. Hay una conjuración de hecho, una conjunción simbiótica, entre la doctrina condenada, y el régimen que la condena. Pero el doctrinario, incomprendido, sabe plantarse en sus trece. Elato de autoridad, persuadido de la verdad de su razón y la razón de su verdad, imbuido de su apostolado excepcional, el doctrinario no ve mayor problema; todo esto *no es sino*... el sino.

\*\*\*\*\*

Conviene distinguir dos clases de doctrinarios, el dogmático y el oportunista. Éste está satisfecho con la versión de la vigencia muy amplia de una doctrina indefinida: le ofrece un ancho rango de oportunidades para satisfacer su espíritu carrerista y acomodaticio. Pero aquél es riguroso, es serio, y es, en su estrechez, rígidamente honesto y consecuente. El primero encuentra grata la idea de que la doctrina es difusa y ampliamente reconocida. Para el segundo ello es inaceptable, se sentirá más a gusto con la versión de una doctrina poco comprendida. Pero ello lo lleva a dos conclusiones, tales que, la primera refuerza el necesario sostén de su personalidad, volviéndola

poco menos que invulnerable a los efectos de la segunda.

La primera es que él, y quienes con él comulgan, quedan absueltos de los errores y los crímenes perpetrados en nombre de la, *su*, doctrina: porque consta que los perpetradores la desconocieron, la malentendieron, la tergiversaron. Los criminales y los traidores se revestían del prestigio de la doctrina, pero no comprendían sus principios ni los aplicaban. Él, y los camaradas que con él comparten la doctrina verdadera, no pueden ser tachados de cómplices de las apostasías y las herejías. La certeza de ello los prepara para *soportar* la segunda conclusión: la que nos y los obliga a revisar *muy* a la baja el cuadro impresionante que componíamos en los apartados precedentes, donde mostrábamos la doctrina marxista como casi omni-presente; de hecho, desparramada en una amplísima gama de opiniones y posiciones políticas: tanto en aquellas que la invocan como en las que la ignoran, o la callan.

Pero, cualquiera sea la delimitación “correcta” de *la* doctrina, ésta arroja un cuadro reducido, “jibarizado”, de su influencia. El dogmático puede encontrar consuelo ante ello, sintiéndose pertenecer a una élite de elegidos, que tienen el deber de custodiar la pureza de la doctrina. Pero para nosotros, en trance de responder a la pregunta sobre la vigencia del marxismo, se nos enfrenta a esta opción: o es demasiado extensa, pero indeterminada, y entonces intrascendente, e irrelevante; o, está demasiado restringida a un enunciado nítido.

Pero, para delimitarla, es menester exponer su contenido conceptual. Hemos trabajado en ello, y nos puso en evidencia su fenomenal *atraso teórico*. Comprobamos que la teoría marxista: el proyecto científico, clama por una formulación renovada, que la actualice y la torne relevante. Ello no nos exime de abordar la “cuestión previa”. Que cada partidario de una versión particular haga lo propio: *abrir el paquete*, penetrar en su contenido, exponerlo.

\*\*\*\*\*

En efecto. La versión indeterminada es exageradamente extensa, demasiado menguada de sustancia, estéril, inútil, peligrosa. En esa mezcolanza abigarrada y confusa; en este cambalache donde se trueca la biblia con el calefón, los enemigos de *la* doctrina hallarán harta ocasión, para solazarse señalando triunfalmente las consecuencias nefastas de aplicar la doctrina. Pero ahora, que suponemos trazada la frontera nítida e infranqueable entre la doctrina y sus versiones

corruptas, adulteradas; entre la apostólica auténtica, única y verdadera, y aquellas otras heréticas, apostáticas, perjuras...

La tarea está pendiente, aunque es insensato confiarla al dogmático... Aunque nada mejor para él, y para todos, que, desde su punto de vista, emprenderla. Hágalo con sus característicos rigor y consecuencia, y apostamos a que, ateniéndose a su credo, superará su dogmatismo. Mientras la diferencia específica del marxismo no esté delimitada, nada serio puede responderse sobre su vigencia.

Pero, de nuevo: ¿hay que escoger una, del menú de las doctrinas recibidas? ¿Sobre qué base decidir: “con esta sí, con esta no”? La cuestión no se dirime sólo con escrutar las obras de Marx y las de su colaborador más allegado; ni los escritos, los dichos, los hechos, de sus discípulos, intérpretes, exponentes, apóstoles (algunos de ellos ampliamente reconocidos, pero no designados como tales por el propio maestro).

Ante las exigencias históricas rigurosas, inéditas, urgentes, de la coyuntura histórica presente, hoy, en la segunda década del siglo XXI; frente a obstáculos formidables, oportunidades confusas y evanescentes, disyuntivas dramáticas; dadas las transformaciones del mundo que los maestros no pudieron concebir, sus aportes son igualmente imprescindibles, pero circunstanciales y conceptualmente limitados. No podemos eximirnos de la exégesis de sus textos, pero lo más valioso que hallaremos en ellos es un proyecto inconcluso. Entonces, ¿qué hacer con el marxismo? Retomarlo. Pero, ¿cuál, desde dónde? Volvemos a la “cuestión previa”.

Distingamos esta cuestión de la de la “verdadera ortodoxia”, que llevó a Georg Lukács a postular la conocida respuesta: la ortodoxia marxista está en el método. Quien conoce y aplica el método de Marx puede decirse marxista. ¿Cuál es ese método? La respuesta doctrinaria la encontrarán ustedes en el mismo Lukács (en su “Ensayo sobre ortodoxia en materia de marxismo”, contenido en su libro *Historia y consciencia de clase*); y, también, en Paul Sweezy, *Teoría del desarrollo capitalista*). Sabemos hoy que la idea de tal método es una quimera metafísica, y en definitiva una argucia ideológica... que resultó mortalmente eficaz en el marco siniestro de la era de Stalin. Pero, sea como fuere, tan pronto como cedemos al reclamo de delimitar el campo de la doctrina “auténtica”, ¿caemos atrapados, ineluctablemente, en la segunda falacia?

Si queda sin resolver la “cuestión previa”, la pregunta sobre la vigencia de la doctrina no tendrá respuesta. Y la *doctrina* misma



quedará indeterminada mientras no se especifique cuál es.

Hasta aquí, venimos interpretando *vigencia* desde el punto de vista sociológico. En esta acepción, deberemos aceptar que la doctrina coincide con su versión más extensamente reconocida en la opinión general. Y, nos guste o no nos guste, para el criterio vulgar y común de “vigencia = aceptación = reconocimiento, etc.”; criterio que dicho de paso es él mismo el más “vigente”; para éste, el modelo doctrinario que representa la doctrina marxista “oficial”, canónica, es el “stalinismo”. ¿Es justo poner en el mismo paquete “stalinista” a las III/IV internacionales, haciendo caso omiso de la cronología de los hechos, de las indudables diferencias que encierra en sus orígenes, y de las divergentes ramificaciones posteriores? Queda pendiente una discusión más profunda sobre la génesis del Stalinismo, y su relación con el marxismo, que la que aquí alcanzamos; para cuando se nos presente esa oportunidad adelantemos la tesis de que Stalin no fue el demiurgo del “stalinismo”, sino su criatura y por cierto su brutal ejecutor. Pero admitamos que es injusto poner las ramificaciones de la IV bajo el rubro del stalinismo, cuando por más que divergieran entre sí, sus exponentes no podrían haber sido más enfáticos en proclamarse enemigos de Stalin. Aun así, es verdad que lo común a las doctrinas marxistas es que son, precisamente, doctrinas. Y el marxismo dice ser portador del “socialismo científico”. Si tal es su espíritu, su dimensión distintiva, ¿es acorde con el marxismo ser *doctrina*?

## **b) ¿está vigente el “socialismo científico”, ya no entendido como doctrina, sino como estrategia de liberación obrera para la prosecución del progreso humano?**

Interpretábamos hasta aquí la noción de vigencia en un sentido que ahora luce abstractamente sociológico (*market-minded*). Es hora de colocarla en su perspectiva programática, histórico-política. Nos interesa su vigencia en la historia presente y próxima; su relevancia, su fertilidad, como estrategia de transformación social con miras al socialismo.

Aquí hay que mencionar, siquiera escuetamente, una exigencia inescapable, derivada del concepto de socialismo científico: por ser concepto, y más determinadamente, por ser *irrenunciable* su aspiración a un desarrollo científico, debe ser *teoría viva*; y debe repugnarle verse rebajado a la condición de *doctrina*.

Y si por Marxismo entendemos el proyecto, a la vez científico,

político e histórico, de desarrollar este concepto en el terreno práctico de la lucha de la clase obrera socialista por constituirse como clase, realizar su condición obrera, eliminándola, construir la civilización del socialismo universal que eliminará y suprimirá el capitalismo. Entonces, si así lo entendemos, el sintagma “doctrina marxista”, ¿es un contrasentido, un *oxímoron*?

Pero para responder esto, lo que intentaremos brevemente en el próximo, y último, apartado, debemos volver desde la perspectiva de éste, a la cuestión anterior: el impacto del marxismo en la opinión común. Poniéndola ahora ante un horizonte de transformación histórica, encontramos que el marxismo vulgar forma parte de la ideología del capital diferenciado.

Es verdad que en casi todas sus versiones doctrinarias denuncia el capitalismo, caracterizándolo como sistema de explotación económica. Se funda para ello en la economía política burguesa clásica. La ideología del siglo XIX fue duramente conmovida, abatida y debilitada por esa denuncia: incluso antes que Marx, socialistas franceses e ingleses habían arrebatado a la burguesía las armas intelectuales que ella misma forjó para legitimar su régimen y defenderlo de la reacción encarnizada de la nobleza y el clero; y a la sazón, agotada la revolución política de los siglos XVII y XVIII, la cuestionaban con esas mismas armas.

Una vez más, empero, ya en el marco de la llamada revolución industrial, la ideología capitalista se adaptó exitosamente al impacto de sus enemigos, y ya hacia fines de aquel siglo había comenzado a absorber esa crítica, de base ricardiana (es decir, arrancada de sus propias entrañas): a soslayarla, y a naturalizarla. Lo que hoy consideramos marxismo vulgar, no era entonces vulgar, sino la forma más avanzada y más vigorosa del socialismo científico; una etapa incipiente, un estadio necesario, de la preparación intelectual y (en un sentido más profundo): conceptual, de las grandes transformaciones que hoy se preparan.

En la versión primigenia del socialismo científico todavía luce nítida la marca ricardiana, pero relumbra ya en ella la impronta transformadora del genio marxiano. Los trabajadores carentes de medios de subsistencia propios, para sobrevivir, deben entrar en condición de asalariados en la relación de explotación trabajo asalariado-capital. El capitalista paga un salario al trabajador con una parte del valor que éste produjo para él, y se embolsa el valor excedente, que Marx famosamente llama Plusvalor. (Es la “revelación”

de la génesis del *Produit Net* de los fisiócratas, de la Ganancia Absoluta de James Steuart, del Excedente de David Ricardo). Mientras para el capitalista esta relación de explotación es una fuente de riqueza que en principio se incrementará indefinidamente, para el trabajador es sólo una condición de supervivencia miserable y precaria. Pero al agrupar a los trabajadores en grandes contingentes, el capitalismo los educa para el trabajo disciplinado en gran escala, los une en gigantescos colectivos solidarios y cohesionados, crea en ellos la consciencia de pertenecer a una clase universal, e inevitablemente los prepara para sentir que su condición de explotados es a la vez insoportable e innecesaria; y en esta condición comprenden que sólo depende de ellos unirse, destruir el poder que los oprime, anular el régimen que los explota, y crear uno propio, destinado a reemplazar el capitalismo por una sociedad de hombres *libres*, consagrados a su realización humana plena. Tal, una indicación somerísima del contenido conceptual *abstracto* de la doctrina marxista. *Vigente* hoy, sí, pero: a condición de que el concepto, todavía incipiente, salga de su abstracción, y se actualice. El obstáculo fue, y sigue siendo, su enquistamiento en las cáscaras doctrinarias que se creyeron necesarias para difundirlo y preservarlo.

El proyecto concebido por Marx consistía en desarrollar “críticamente” la economía política más allá de las estrechas fronteras del pensamiento burgués, para brindar base científica a la estrategia socialista y revolucionaria de los trabajadores. Su tarea quedó inconclusa, su crítica inacabada; su economía política despegó del terreno ricardiano, pero no levantó vuelo; su concepto todavía abstracto del capitalismo y de la historia moderna permaneció dentro de una economía política ingenua, dieciochesca, que circunscribe la mercancía, el dinero y el capital, *a la sociedad civil*. La ficción a la vez analítica e ideológica, de una sociedad civil diferenciada y separada del Estado, brinda sustento a un programa unilateralmente político de revolución socialista. Aunque procura, pero no logra diferenciarse de otras doctrinas socialistas, que Marx rechaza vigorosamente.

Sus ideas políticas progresan enormemente cuando él y Engels, en la secuela de 1871, hacen el balance de la Comuna de París, y llegan a una conclusión importantísima: los trabajadores no pueden liberarse, si se limitan a “tomar” un poder que no es el propio. El Estado y las instituciones burguesas no podrán ponerse al servicio de la transformación socialista, ni siquiera bajo la dirección de los trabajadores; sino que éstos tienen que desechar el Estado existente y reemplazarlo por el propio. Estas ideas tienen vigencia histórica

plena y candente en el día de hoy; como lo tiene el proyecto marxiano de fundar la estrategia revolucionaria en una economía política de perspectiva socialista. Pero en la obra de Marx, el programa político permanece cautivo de una economía política todavía encerrada en estrechas limitaciones. Los discípulos de Marx han escrito montañas de trabajos teóricos y doctrinarios, pero no han sido pródigos, ni mucho menos, en aportes conceptuales. Y la consecuencia es que ese contenido abstracto quedó momificado en la doctrina, y atrapado en la ideología al servicio de ésta.

He aquí el gran obstáculo. La mentalidad doctrinaria conserva el dogma económico idéntico a sí mismo, condenándolo a su atraso, su empobrecimiento, su fragmentación, su contaminación con el siempre renovado repertorio de prejuicios de la época. En campos disciplinarios estrechos: ideologizados, estandarizados, profesionalizados y tecnificados, el doctrinario adocenado se especializa en una porción de la versión canónica de la doctrina, bien procurando abrazarse a la pureza de sus formas primigenias míticas, bien (de manera superficial y oportunista) remozándola con las “novedades” tomadas de otros enfoques que gozan de mayor aceptación, sin “abrir el paquete”, en alguna mezcolanza doctrinaria sincrética de ocasión. Cada vez más incapaz de comprender la transformación histórica, incesante, radical, e irreversible, del mundo capitalista, el pensamiento doctrinario se empobrece y se fragmenta.

No ya como doctrinario marxista, sino como marxista doctrinario, o simplemente como doctrinario, adquiere con el tiempo los rasgos, los gestos, los comportamientos característicos, su exacto *physique du rôle*. Su cuidado característico es el de detractor a sus rivales, pero eso está en su naturaleza, y va de suyo. Su misión principal, aquella que se arroga con convicción inquebrantable, y desempeña con elación soberbia, es la de revelar a sus contemporáneos... ¿Qué? Que los eventos de la experiencia práctica, los sucesos políticos y económicos corrientes, son aquellos que deben ocurrir; porque *no son sino* expresión necesaria de las determinaciones establecidas en una realidad más profunda; que en consecuencia, *no son sino* la repetición de hechos pretéritos, ya bien catalogados y previstos por la doctrina. De igual modo, que cuando sobrevienen catástrofes y crisis que trastornan profundamente el ciclo repetitivo, no son sino la consecuencia necesaria de la naturaleza propia del capitalismo, y anuncian su límite histórico y su fin inexorable... Tal cual está establecido en la doctrina, y consagrado por los autores, *in illo tempore*.

Por su forma, por su estructura, por su función ideológica, *la doctrina como tal* es una reminiscencia regresiva de la mentalidad mítica, arcaica; que también tiene patrones interpretativos eternos e invariables de todo hecho relevante, y también propone una y otra vez las recetas consagradas. Éstas se originaron en coyunturas históricas extremadamente dramáticas, en momentos de gran efervescencia intelectual; y hoy, en circunstancias históricas inéditas y dramáticas, circulan como latiguillos prefabricados, o como memes bobos.

Pero toda doctrina es una entre otras, con las cuales conforma un todo interactivo, orgánico, en evolución, que denominamos *ideología*. Llevan en ella sendas etiquetas con sus nombres respectivos, los cuales llevan el sufijo “ismo” (nominal); sus partidarios se identifican con los mismos nombres, y los sufijos “ista” (adjetival), etc. Concebida así: como el sistema de las doctrinas co-vigentes, es decir: cronológicamente contemporáneas, la ideología es una instancia específica de la cultura moderna. En ella las doctrinas co-evolucionan en acción y reacción recíprocas, adaptándose unas a otras. Y he aquí algo chocante, inaceptable, todavía, para muchos: que por lo general, las doctrinas de “izquierda” y las de “derecha”, claramente opuestas entre sí, resultan *ideológicamente complementarias*. Pero precisamente el problema de su vigencia histórica aparece cuando comprendemos que la contemporaneidad cronológica no asegura el carácter contemporáneo en el sentido de su vigencia histórica. Tratándose de doctrinas que se dicen socialistas, el hecho de ser doctrinas las denuncia como anacrónicas. Y como tales militan al servicio de la ideología que dicen y creen combatir.

Lo cierto es que esta conjugación funcional, cuasi simbiótica, entre campos enemigos juramentados, ¡no salta, ni mucho menos, a la vista! Para comprender en particular el papel efectivo de las doctrinas de izquierda, vehementemente anticapitalistas, en la ideología capitalista, hay que desmontar pacientemente una maraña de trampas ideológicas incorporadas entrañablemente en estas mismas doctrinas. De la lucha por superar la ideología hay que decir, como tanto se dijo de la caridad, pero quitándole toda nota de sarcasmo, que “empieza por casa”: justamente lo contrario de la desastrosa práctica de la doctrina y el dogma.

Pero es un largo camino. Un paso preliminar, modesto: reconocer que el sintagma habitual “ideología dominante” es un pleonismo; el cual se conjuga con el uso abusivo del plural del sustantivo “ideología”. Reservamos ese uso, por el momento, para referirnos en

el próximo apartado a la etapa de transición: una situación histórica singularísima que está, sin duda, en la perspectiva histórica próxima de la presente discusión. Pero se aplica hoy, a la dramática coyuntura histórica corriente, en la cual precisamente prevalece, abrumadora, excluyente y exclusiva, la ideología capitalista.

El sistema de explotación capitalista no se sostiene *ni sola ni principalmente*, como lo malentiende la doctrina canónica, mediante el uso o la amenaza de uso del poder represivo del Estado. No es que dudemos de la vocación del Estado de volcar su poder destructivo con saña criminal sobre cualquier amenaza que crea no conjurar por otros medios. Tampoco ignoramos la criminalidad ilimitada de los más altos funcionarios del capital; no sólo latente, sino efectiva, de la manera más cobarde, más bestial, más horrenda, como quedó demostrado en pronto hará un siglo, por decisión del presidente Truman, de arrojar un artefacto nuclear sobre las poblaciones civiles de Hiroshima y Nagasaki. Hoy, mientras el capitalismo parece haber agotado para siempre su impulso del progreso humano, y se desprende ya impudicamente de toda apariencia de civilización moderna, civilizada, democrática, su sostén principal es ideológico.

El terror, es verdad, se conjuga con la ideología, junto con las compensaciones, los consuelos, las promesas que ésta ofrece, por ilusorias que éstas sean. En definitiva, cada vez más, la ideología mantiene la sociedad de clases: el régimen de dominación social, el sistema de explotación económica, todo ello para la producción y la acumulación de plusvalor capitalista. Obnubilados por la ideología, los explotados consienten su opresión y explotación, se someten a ella, y, voluntaria, activa, y hasta ansiosamente, procuran colocarse y re-colocarse en la situación de oprimidos y explotados... Y, en esa condición, construyen sus planes y sus esperanzas dentro de sus miserables límites, con arreglo a sus mezquinas pretensiones. Este consentimiento es constitutivo de la condición de oprimidos, dominados y explotados. Y lo brindan incluso a sabiendas de las verdades encerradas en el concepto abstracto de la doctrina marxista en su versión canónica. De este modo la doctrina queda cautiva de la ideología.

La ideología, en tanto sistema que comprende todas las doctrinas, políticas, económicas, filosóficas, morales, es un todo orgánico, flexible. Su coherencia y su estabilidad, no se explican porque exista armonía entre las partes que la componen. Por el contrario, la mantienen unida el enfrentamiento intransigente, y la hostilidad insaciable, con que

las doctrinas disputan entre sí. Del griterío entre sordos brota una cacofonía tal, que a cualquiera convence que todo el parapeto está siempre a punto de desmoronarse. Pero adéntrese el observador en esa batahola sin perder la visión de conjunto, y advertirá que la clave de toda la articulación y la eficacia de la ideología; de la conservación de su estructura, y, a la vez, de su ductilidad, no está en la afinidad entre sus partes, sino en su rechazo recíproco... La trama se complica por un fenómeno que asemeja a la doctrina con el prejuicio: es como si de cada una emanara una imagen semejante a ella, inducida por interacción con otras. De entrada, la doctrina vicaria cobra autonomía, y pronto entre las más afines se suscitan acerbas rivalidades por el reconocimiento de la apostólica. Dirimir las, no incumbe únicamente a los partidarios de la doctrina, sino también a sus detractores, ya que estos tienen un papel protagónico en el *aggiornamento* de la ortodoxia; aunque sólo fuera porque son el blanco al que apuntan las invectivas y las acusaciones del discurso renovado, y ofrecen a la doctrina el modelo maldito, el modelo contrario, que por contraste resalta las bondades del propio. La ontogénesis de la doctrina es, en efecto, semejante al nacimiento del prejuicio; y lo es también su estructura dúplica. Ambos forman parte de la mentalidad dominante en la era del capital, y son otras tantas instancias de la ideología moderna.

Contra esto se señalará que tanto los prejuicios como las doctrinas hunden sus raíces en un pasado más remoto, y admitimos que es así; pero no se vea en esto una objeción, sino por el contrario, la corroboración de que tanto en el prejuicio como en la doctrina la razón teórica se atasca en atavismos culturales, y permanece encasquillada en ellos. Viene al caso, pues, por ser muy conocida, la estrategia ideológica implícita en el prejuicio racial: víctima y victimario participan de manera interactiva en la composición de la caricatura de la víctima, y ésta deberá conformar su personalidad (sus rasgos, sus conductas, sus sentimientos, sus impulsos), en función de aquel holograma deformado.

Las réplicas de las doctrinas originales conservan los nombres de éstas, y, cobrando entidad propia, se suman a la maraña ideológica; y allí, en el fragor de interminables reyertas, cuando la más influyente impacta en las restantes, se refleja, se refracta, se difracta, en ellas, todas y cada una, jurándose inamovibles, cambian irreversiblemente, empobreciéndose o enriqueciéndose al consuno, según las circunstancias recientes y presentes del *cambiamento epocale* ... La ideología es una bolsa de prejuicios y de gatos

doctrinarios contrapuestos, que garantiza la contención firme, de un modo asombrosamente efectivo la coherencia, del conjunto de los adversarios; pero no es sólo un límite exterior, sino una trampa entramada como con diabólica astucia; de suerte que el fanático más acérrimo de la doctrina más intransigente, el más anti-sistema, es quien mejor sirve a éste; porque es el más vulnerable a la ideología, quien más inexorablemente quedará preso en sus trampas, perdido en sus laberintos, y acaso nunca descubra que militó al servicio del enemigo de la humanidad. Entendamos al marxismo como Socialismo Científico, y deberemos concluir que, en efecto, “la doctrina marxista” es un oxímoron.

Lo es, en efecto, en sus propios términos: si consideramos el contenido teórico del marxismo congelado en los resultados incipientes de la crítica contenidos en la obra fundacional. Es el atraso de su contenido teórico lo que condena al marxismo a ser inextricable de la ideología. Pero asomémonos a otra *posibilidad*, de modo que, nuevamente:

### **c) ¿tiene significado la expresión “doctrina marxista”?**

La posibilidad que aquí debemos señalar deriva de dos tesis que bosquejamos en los apartados anteriores: que el legado de Marx consistió en un proyecto científico-político que él mismo apenas bosquejó; que la esterilidad de la doctrina marxista canónica, en las versiones recibidas, reside en el atraso de su contenido teórico; y de una tercera, que enunciamos aquí: la consecución de la “crítica de la economía política”, entendida como su actualización transformativa en un marco histórico-político transicional, es posible y necesaria.

Tenemos que dejarlo aquí, para discutir y desarrollar estas tesis. En suma, la obra de Marx cobra vigencia si y sólo si se la retoma, transformativamente. En esa tarea, la teoría del socialismo científico se convertirá en la teoría de la planificación obrera. Dará lugar, también ella, a una doctrina que en cuanto teoría merecerá calificarse de “marxista”; pero a condición de que no se convierta en la anunciación y la custodia del dogma que sus partidarios dicen y creen haber recibido, sino en el freno de batalla más decisiva de la ciencia contra la ideología. El oxímoron da lugar a la vida del concepto científico, que sólo transitoriamente acepta revestirse de una forma doctrinaria, pero puja irremisiblemente para trascender la ideología.